

J. J. Bib # 1180014
11/10/08

Gabriel García Márquez

DIATRIBA DE AMOR

CONTRA UN HOMBRE SENTADO

Monólogo en un acto

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

1

Mientras se alza el telón en la oscuridad absoluta del escenario, se oye el estrepido de una vajilla que está siendo despedazada contra el suelo. No es una destrucción caótica, sino más bien sistemática y en cierto modo jubilosa, pero no hay duda de que el motivo es una rabia inconsolable.

Al terminar los estragos, Graciela raya un fósforo pero encender un cigarrillo en la oscuridad, y la deflagración inicia la lenta iluminación del escenario: un ámbito subrio, previsto para experimentar cambios de lugar y de tiempo según los estados de ánimo de la protagonista única.

Es de noche. Sólo vemos una cama ancha y mullida, y dos o tres muebles propios de una alcoba matrimonial. Entre ellos, un viejo perchero, donde están colgadas algunas de las ropas que Graciela va a usar a lo largo de su monólogo.

GRACIELA:

Nada se parece tanto al infierno

¡Quién me hubiera dicho que iba a necesitar veinticinco años, día por día, para aprender que lo más parecido al infierno es un matrimonio feliz!

Como un matrimonio feliz

Tira el bolso de mano en la cama, recoge del suelo el periódico de la tarde, le da una hojeadada rápida y lo tira junto del bolso. Se quita las joyas y las pone sobre la mesa de noche.

repalame Sólo a un Dios hombre, incondicional de los hombres, podía semejante regalo para unas bodas de plata. Y supongo que ~~me~~ *afradecele que me haya dado* todavía debo darle las gracias por haberme concedido a manos llenas ~~mucho más~~ *mucho más* de lo necesario para gozar de mi estupidez. Todo, hasta un hijo seductor y holgazán, y tan hijo de puta como su padre. *diez años*

Se sienta a fumar en el borde de la cama, se quita los zapatos, se sumerge en una reflexión profunda, y en un tono bajo y tenso, de mascardón manacorde, reanuda el sartal de reproches interminables:

Sólo un Dios Hombre, incondicional de los hombres podía regalarme esta revelación para nuestras bodas de plata. Y todavía debo agradecerme haya dado todo para gozar de mi estupidez, día por día durante veinticinco años mortales. Todo, hasta un hijo, seductor y holgazán, y tan hijo de puta como su padre.

Qué te creías: ¿que íbamos a cancelar a última hora la fiesta más hablada del año, para que yo quedara como la villana del cuento y tu bañándote en agua de rosas? Já, ja. ¡La eterna víctima! Pero mientras tanto te niegas a contestarme, te niegas a discutir los problemas como la gente de bien, te niegas a mirarme a la cara.)

(Larga espera).

De acuerdo: también el silencio es una respuesta. Así que ya puedes quedarte ahí hasta el final de los siglos, porque a mi sí que me vas a oír.

(Apaga el cigarrillo restregándola sin piedad en el cenicero, y empieza a desvestirse poco a poco sin interrumpir el monólogo.

Como el vestido es cerrado en la espalda con una larga hilera de botones, Graciela hará toda clase de tentativos casi acrobática para desabotonarla sin apelar a la ayuda del marido. Pero terminará por rendirse, agarrando con toda su fuerza los dos lados del vestido a la altura de la nuca, y haciendo saltar de un tirón enérgico la hilera de

botones. Al final se quitará las medias, y quedará descalza y vestida sólo con la combinación de seda)

A la noche estará aquí todo el que vale y pesa en este país. Es decir, todo el mundo menos los pobres. [Tal como tu mismo lo anunciaste hace veinticinco años, cuando juraste que ibas a consagrar cada minuto de tu vida a preparar las bodas de plata del matrimonio más feliz de la tierra.]

~~Por lo bien~~ aquí estamos. Si no estuvieras tan interesado en ese periódico de ayer, en vez de leer el de esta tarde, ya podrías sacar la cuenta del tonel de dinero que te van a costar tus ínfulas de profeta.

(Vuelve a sentarse en la cama para leer el periódico vespertino cerca de la lámpara)

Más de mil invitados nacionales y extranjeros, cuatro quintales de caviar, sesenta bueyes artificiales importados del Japón, toda la producción nacional de pavos, y alcoholes suficientes para resolver la penuria de la vivienda popular. *(Se interrumpe al darse cuenta de que no es una información rigurosa)*. Es una noticia de mala índole, pero no demasiado exagerada. *(Continúa leyendo a saltos)*: Los turistas protestan porque en los hoteles sólo hay lugar para quienes muestren

nuestra tarjeta de invitación. Las rosas rojas, que se habían acabado hace tres días, reaparecieron esta mañana diez veces más caras. ~~Las autoridades previenen a la población contra toda clase de gentes de mal vivir que están llegando desde el lunes, atraídas por un falso anuncio de que habrá festividades públicas. Más de setenta detenidos. La policía allanó una imprenta que estaba vendiendo invitaciones falsificadas. La Base Naval en estado de alerta.~~ Última hora: el presidente de la república confirma que no puede venir por inconvenientes de orden público, pero manda en representación suya a tu amigo del alma, el ministro de gobierno, de modo que habrá que esconder otra vez los ceniceros de plata.

Menos mal que todavía no se han olido lo peor: que tu fortuna legendaria está tan descalabrada, que a duras penas te alcanzará para pagar la cuenta.

(Lee un poco más, y tira lejos el periódico):

¡Este país se acabó!

(Animándose) Así que vendrán todos, hasta mis hombres de letras, que se han rebajado a vestirse de pingüinos sólo por escoltarme en mi noche de gloria. Y vendrá ella, por supuesto, ella primero que todos. ¿Qué creías? ¿Que me iba a someter a la humillación de no invitarla?

pero de eso, *Ascan* a *Ascan*

¡Ja, ja! Y menos ahora, cuando basta una palabra suya, ¡una!, para quedarse a vivir de la *Ja. Ja.* *Ja. Ja.* y señora en esta casa. He más que yo quisiera ver la cagantina de cuarecma que te va a dar cuando tengas que apretarte la cincha para honrarla con tu nombre. La nueva señora de Jaraiz de la Vera, ¡figúrate!, tremendos apellidos para una dentadura de veinticuatro quinitas que se ríe sola y cuando quiere, y aquella tetamenta que no hay sostenes que la sostengan. Pues aquí estará, elegante como un andamio, con las ropas usadas que le he dispensado en vez de tirarlas a la basura. *Las más caras y más caras de Italia,* sólo que aumentadas con alforzas de *de cuarta y media* para que no se las *caeviente el nalgacario*. Si nos ha hecho el honor en otros tantos aniversarios, infaustos o gloriosos, no veo por qué no iba a estar en el más memorable de todos: el último.

Página 32

La interrumpen los campanos de una iglesia distante llamando a misa. Hace un silencio para sobreponerse, pero no puede evitar el zarpazo de la emoción.

¡Ahí está, Dios mío: ya va a amanecer! Miércoles tres de agosto. ¡Quién nos iba a decir que veinticinco años después iba a haber todavía un tres de agosto!

Un día como hoy, a esta hora, salimos de la ermita de San Julian el Hospitalario, con dos testigos prestados por la parroquia, porque aquel

amanecer no conocíamos en el mundo a nadie más que a nosotros. Tu con la camisa hecha con sacos de harina [que todavía tenía el haz de espigas y la marca de fábrica impresos en la espalda] y yo con un balandrán de novicia que me prestó una amiga dos veces más ancha, para que se notara menos mi estado. De todos modos, oí que alguien dijo al pasar: "Si se demoran un poco más, el niño hubiera podido ser padrino".

(¡Fue muy raro!) El cielo malva con la primeras luces estaba lleno de pájaros negros que graznaban volando en círculos sobre nuestras cabezas. Y dijiste, aunque ahora lo niegas, que Julio César no se hubiera casado jamás bajo ^{un} auspicio tan aciago, pero tu sí. Y lo raro es que lograste conjurarlo. ¿Cómo decirlo? (*Confusa*) Lograste hacerme feliz sin serlo: feliz sin amor. Difícil de entender, pero no importa: yo me entiendo.

Contra

Por primera vez mira al marido haciendo girar la cabeza con un movimiento casi imperceptible.

¿Qué esperas! que me precipite en tus brazos para agradecerte lo que has hecho por mí? ¿Que te rinda el tributo de mi gratitud eterna por haberme cubierto de oro y de gloria?

Hace una seña procaz con el puño cerrado.

il liral

Enciende otra cigarrillo para calmarse.

En el primer plano del escenario aparece un óvalo luminoso: el espejo del tocador.

Graciela se sienta de cara al público en el taburete del tocador con el rostro enmarcado dentro del óvalo de luz. Luego de un instante de reflexión, suspira:

¡Se nos fue la vida, carajo!

Se estira la piel de la cara con las dos manos, y evoca con tristeza cómo era veinticinco años antes. Se levanta los senos: así eran. Le dirige a su imagen una frase sin voz, pero tan bien articulada que podría entenderse por el movimiento de los labios.

Se acerca al espejo para escuchar la respuesta inaudible de la imagen, vuelve a mirar al marido para asegurarse de que no la está oyendo, y dice al espejo otra frase sin voz. Quiere sonreír pero no puede: sus ojos están

anegados de lágrimas.

Trata de secarse los párpados con los dedos, pero se embadurna la cara con el maquillaje. No puede soportarlo, y reacciona con rabia:

¡Cojones!

Empieza a quitarse el maquillaje ante el espejo, al principio con la furia por haber llorado, y después en un proceso lento y reflexivo, mientras continúa hablando, pero ahora no con el marido sino con su propia imagen.

Si no fuera por los amaneceres, seríamos jóvenes toda la vida. Es cierto: uno envejece al amanecer. Los atardeceres son deprimentes, pero lo preparan a uno para la aventura de cada noche, (como dirían mis hombres de letras). Los amaneceres no. En las fiestas, desde que siento los susurros de la madrugada, me empieza un reconcomio que no se me sosiega en el cuerpo. ¡Hay que irse, de prisa, con los ojos cerrados para no ver las últimas estrellas. Porque si el día nos sorprende en la calle con la ropa de fiesta nos echa encima un chaparrón de años que no volvemos a quitarnos jamás. Por ^{eso} ~~lo mismo~~ no me gustan las fotografías: uno las vuelve a ver el año siguiente, y ya parecen sacadas del álbum de los

abuelos.

Yo tenía ¿cuántos?, casi treinta años, ~~que por aquellos tiempos eran muchos, demasiados, los niños decían: una viejita como de treinta años.~~ Pues treinta años tenía la primera vez que fuimos en el tren nocturno de Ginebra a Roma. Cenamos con velas, jugamos a las barajas con unos recién casados suizos que tenían urgencia de perder, para irse a la cama, y desperté feliz a las seis, loca por conocer los prodigios de agua de la Villa d'Este. De pronto tuve la mala suerte de mirarme en el espejo. ¡Qué horror! Por lo menos cinco años más ~~de lo que me vi por última vez~~ ~~durante un momento de la noche anterior.~~ No valen mascarillas de pepino, ni cataplasmas de placenta, nada, porque no es una vejez de la piel, sino algo irreparable que le sucede a una por dentro. ¡Fatal!

Lástima, porque el tren es el único modo humano de viajar. El avión se parece a un milagro, pero va tan rápido que una llega con el cuerpo solo, y anda dos o tres días como una sonámbula ~~en el mundo~~, ~~bien donde~~ ~~está~~, hasta que llega el alma atrasada.

Se interrumpe, mira al marido, como si hubiera oído su voz, y le dice con desprecio, articulando muy bien las sílabas.

No - es-to-y- ha-blan-do- con-ti-go.

Luego advierte, como si lo viera a través de una ventana, que ha empezado el amanecer.

¡Qué maravilla: ahí está ^{el amanecer} ~~el rocío de oro~~ sobre la fortaleza del ~~puerto de las gaviotas~~ ~~atiborradas~~ en la torre de San Lázaro. El trasatlántico de Nueva Orleans, ¡qué blanco! *(Se tapa la boca con las manos)* ¡Ay, madre! Siempre tengo la impresión de que no va a caber por el canal de ~~la bahía~~ *(Se oye la sirena del barco)*. Ni sombra de lo que eran ~~los tres amaneceres~~ en la marisma del Angel Arrepentido, por supuesto. Pero sea como sea, aun desde aquí, también estos valen cinco años de vida. *(Vuelve en sí)*. Hasta con un marido embalsamado, detrás del periódico.

Sigue contemplando el amanecer un largo instante, fascinado, consciente de sacrificar cinco años de su vida por el prodigio, mientras el día va iluminando el escenario. Al fin suspira:

¡Qué felices éramos, Dios mío!

Si por algo tienen que condenar ^{te} en el Juicio Final es por haber tenido el amor en casa y no haber sabido reconocerlo. Daría muchos

Del Ángel arrepentido

amanecerás como éste por estar todavía en la casita perdularia de la marisma, respirando aquel olor de pescado frito bien freído y oyendo la gritería de las negras que hacían el amor a medio día con las puertas despernancadas. Durmiendo los dos en la misma hamaca y con espacio de sobra para otros dos, con una hornilla de carbón que casi era mejor no tenerla por falta de uso, y un excusado que se desbordaba en eruptos pestilentes con el mar de leva

El óvalo de luz se apaga, y la alcoba se transforma en una habitación pobre de una barriada del Caribe, con muy escasos muebles, rústicos y maltrechos, que la propia Graciela irá poniendo en su lugar mientras habla, y una hamaca grande de colores vivos que colgará en su momento. Al fondo hay una ventana abierta hacia el mar deslumbrante.

Hay varios alambres para secar ropa, pero sólo están colgadas dos camisas de hombre. La única que permanece igual es el marido oculto detrás del periódico.

Cuando Graciela se levanta del tocador vemos que está encinta de unos seis meses. Sin maquillaje, en combinación y con un trapo amarrado en la cabeza, ha

*recuperado el aspecto juvenil y pobre de los primeros
tiempos del amor.*

Ganas me dan de romperme la cabeza contra las paredes, nada más de pensar que mi madre será la única que no vendrá esta noche. La primera que merecía estar. Aunque sólo fuera por haberme advertido a tiempo que la felicidad del olvido es la única que no se paga.

Otra habría sido mi suerte si hubiera heredado su virtud de ver las cosas antes que sucedieran, como si la vida fuera de vidrio. Sobre todo la tuya. ~~Yo te vi todo el que te veía con tu cintura de flamenco y tus~~
~~manos doradas. Todos decían lo mismo, que eras idéntico al Ángel de la~~
~~suerte.~~ Sabían ^{me} que eras un renegado de los Jaraiz de la Vera, que te habías limpiado con los pergaminos de tus abuelos y habías mandado a volar los tropeles de esta mansión y la corona de oro de tus apellidos, y eso me ~~me~~
hubiera bastado a todos para abrirte el alma. ~~Yo además estaba~~
~~seguro de que me iba a encontrar a un hombre más encantador que habíamos~~
~~jamás!~~ Sólo mi madre no se engañó. Desde que te señalé de lejos en la verbena de San Lázaro, con ^{tus rugos bolsillos de Ángel de la} ~~la camisa de girasoles y el cochinillo recién~~
~~nacido que me llevabas de regalo, casi antes de saber a ciencia cierta cual~~
eras (tú) entre la pelotera de inválidos, ~~antes de oírte la voz, antes de nada,~~
me previno: "Ese muchacho tiene dos caras: la que nos muestra a nosotras, que ya no es buena, y la otra, que debe ser peor".

Pero además estaba ~~la~~ desgracia de tu modo de ser, el hombre más encantado fue ~~haciendo~~ ~~un~~
jamás.

(Lleva un canasto de ropa húmeda y cuelga unas pocas piezas en los alambres).

No tenía nada, pero renuncié a todo por tí. *(Se encoge de hombros)* Bueno: yo me entiendo. Claro que nunca lo valoraste como una inmolación. ¡Qué va! Ni te enteraste siquiera ¿Sabes por qué? Porque toda tu vida has sido inferior a tu propia suerte. En cambio yo no tengo quien me cargue la cruz, porque yo misma me serví mi láudano con cucharitas de oro.

Bastó que mi madre me dijera que no eras el hombre de mi vida para que me desbaratara por tí. La gente decía que era ^{EL CAPRIATO} ~~el capriato~~ natural en una pobre criatura del barrio de Las Brisas, la pobre yo de entonces, ya muy bien hecha a los diecinueve años, claro, pero hablando como si arrastrara los pies *(se imita)*: Otilia lava la tina, el bobo bota la bola, el adivino se dedica a la bebida. Pues decían que me había dejado encandilar por un señorito que no sólo era el más guapo y simpático de La Bella Mar, sino que además había tenido los riñones de levantar la mano contra su padre. ¡Como si hubieras sido el único! ¡Figúrate! Eras uno más de los tantos que aparecían por allá tan pronto se les ^{les} ~~debrataba~~ el cuerpo para aprender a ser hombres con las mulatas. Claro que en cierto modo eras un precursor de la moda de hoy con el pelo hasta aquí *(Va*

indica hasta el cuello) y una barba que siempre parecía de tres días, y unas sandalias de peregrino con los dedos por fuera. Y macrobiótico antes de tiempo: nada de alcohol, nada de humo, nada de comer que no estuviera sembrado en el jardín. Machista, eso sí, como todos los hombres y casi todas las mujeres, y con un talento privilegiado para demostrar lo mal hecho que estaba el mundo. ¡Con las mismas razones líricas con que ahora proclamais próceres a los estadistas de pacotilla que están desmadrando a este país!

Todos se hacían aguas cuando tocabas cualquier instrumento, así fuera la primera vez, o cuando andabas en bicicleta por un alambre, o ligabas en el billar una ristra de carambolas que podía durar todo el día, o sacabas palomas vivas de los sombreros. Todo eso me gustó después, claro, porque el amor dá para todo. Pero si me emperré contigo desde el principio fue sólo por contrariar a mi madre, que se había destroncado los riñones trabajando como una mula, primero para hacerme bachiller de letras con las monjas de los ricos, y después doctora en la Universidad, doctora en cualquier cosa, con tal que lo fuera. Todavía cuando tu me conociste seguía glorificando mis gracias en los mercados como si me hubiera parido para vender ~~según desde el primer mes de nacido me estaba durmiendo sobre las lechugas para que se notara que yo era un pascua. Me ponía debajo de los faroles del techo para encandilar a los~~ mirar qué ojos de alondra qué manos de nigromanta que

mejita tan tierna, tan tornasolada por dentro, como para dañarle el juicio al más astrónomo. Y después, cuando se burlaban de mi lengua de capó, les decía: "¿Y qué? así hablan las turistas de los trasatlánticos, y ¿quense lo lejos que llegan".

(Abre una mesa de planchar, arrima un fogón para colentar las planchas, y empieza a plachar una de las camisas secas de los alambres).

De modo que cuando apareciste tu con tus pulseras de Escipión el Africano, fue como el gavilán en el gallinero. Mi padre, entre amaestrar ratones de circo y desnucar mulatas, apenas si se enteró. Pero mi madre me impuso la ley marcial. Antes de dormirme me quitaba ^{CUAYCO} ~~todo lo que~~ llevaba puesto para que no me escapara a encontrarme contigo, todo, salvo la cadenita con la Virgen de los Remedios que me libraba de todo mal, (menos de tí, por si acaso), me dejaba igual que me parió, íngrima y sin afeitar por ninguna parte, como se usaba entonces, se llevaba todo lo que fuera de trapo para que no tuviera ni en qué envolverme, todo: las sábanas, las toallas, los manteles, las cortinas. Sólo me dejaba el catre con la estera pelada, y me encerraba con dos vueltas de llave en el cuartito de atrás donde nadie me oyera por más que me desgañitara. Lo único que no se le había ocurrido fue lo que se me ocurrió: que una noche me tiré por la ventana en el agua muerta de la bahía, tal como estaba, y me fui nadando

por debajo para no alborotar a las mantarrayas dormidas, y con el terror de que me deshonrara una anguila y tu fueras a pensar que había sido otro hombre. Y todo aquel milagro sin tener que quitarme nada de encima, ¡qué maravilla!, nada de ajustadores con el broche por detrás, nada de refajos de castidad, nada de calzoncitos de malapodán con la jareta enredada, nada de nada, ¡qué maravilla!, sino lista de una vez para tí, nuevecita, revolcándome en el lodo podrido como una perra de la calle.

Quedamos parejos: tu repudiado por tus padres y yo por los míos. Pero felices por lo que no teníamos. Al revés de ahora, que nos sobra de todo menos el amor. No teníamos ni siquiera una dirección, porque el mundo no llegaba hasta la marisma del Angel Arrepentido. Se acababa en la tienda de la esquina, y de ahí no pasaba el correo, ni la luz eléctrica, ni los empleos, ni las noticias, ni los premios de la lotería, ni las brisas de diciembre, nada, así que debíamos chapalear en la marisma más de doscientos metros para llegar al Siglo XX, como decías tu cuando todavía tenías gracia para decir las cosas.

Nadie quería vivir ni gratis en aquella casa, con lo linda que era, porque allí se cometió el crimen del hombre que descuartizó a su mujer y se comió un guiso de sus entrañas. Nunca te lo quise decir por el miedo que le tienes a los muertos. Pero a mí no me importaba.

*(En el cuarto contigua se oye, como fonda del monólogo,
I just called to say I love you, de Steve Wonder, en un
 sala de saxofón).*

Al contrario, todavía estuviera por allá, huérfana y gaga, pero todavía arrullada por los ejercicio de saxofón de Amalia Florida, a quien Dios tenga en su santo reino, la pobre Amalia que consagró su vida a aprenderse una sola pieza en el saxofón, siempre la misma, de día y de noche. (*Riende con ganas*): A veces no resistía más, y le gritaba: (*Grito*) "¡Amalia, por Dios, deja ese cobre!". Y ella, muy seria, me gritaba: (*Grito*) "No seas bruta, niña. El saxo no es un cobre". Y seguía:

*Imita el sonido del saxo tocando la misma canción,
 mientras plancha camisas.*

Decían que a media noche se oía en la estufa el borboriteo de la marmita donde se cocinaba a fuego lento la mujer amada. Yo no lo oí nunca, ni le temía. Pensaba que por muy atroz que fuera el crimen debía tomarse en consideración que no había sido una locura de loco sino una locura de amor, y eso me bastaba para perdonarlo. Muchas veces, mientras te esperaba, sentía que el corazón me golpeaba ^{lento} con tanta prisa, que llegué a desear con todas mis ansias que un día te volvieras loco tu también y me abrieras en canal, que me descuartizaras como una gallina

feliz, *(imita los actos de la cocina sobre la mesa de planchar)* y me cortarás los riñones en rebanaditas tiernas, me cortarás el hígado, la pajarilla, que me sazonaras con sal y pimienta, una cabeza de cebolla picada, un diente de ajo, una pizca de comino, una hoja de laurel, *(prueba la sazón con un dedo, y la aprueba)* y que me comieras toda y a tu gusto con todo el amor que llevaba dentro.

(Cierra la mesita de la plancha y la pone en su lugar. El escenario vuelve a ser el dormitorio del tiempo actual. Es pleno día).

Por eso puedo decir que la felicidad no es como dicen, que sólo dura un instante y no se sabe que se tuvo sino cuando ^{Se fue} ya se acabó. La verdad es que dura mientras dure el amor, porque con amor hasta morir se es bueno. ~~Se dice que ningún hombre se da cuenta de nada. Ni siquiera sospechan que cuando se van para la calle, sus mujeres se quedan con la incertidumbre de que no volverán jamás. ¿Podías imaginarte siquiera que la noche se me iba en suspiros, primero esperándote despierta en la hamaca hasta la madrugada, y después ~~v~~ ~~como~~ ~~junto~~ al niño, meciéndolo despacio para que no fuera a perturbar con su llanto tus ronquidos de león? Pues eso era lo de menos. [Cuándo salías de la casa a buscar trabajo me mataba el terror de que te atropellara el tranvía, de que te mataran los sicarios de tu padre, o peor~~

hijo de puta

mismo te hiciste trizas la ropa y te parchaste la cara de moretones para que te creyeran el cuento. Que otra vez fue verdad que te asaltaron cuando estabas en el auto con Rosa Román, ¡qué horror!, con santa Rosita Román, nada menos, y no sólo los dejaron a ambos en el cuero pelado, sino que pagaste no se cuanto para que no te violaran ^{a ti, le} delante ella ~~en un momento de la noche~~, ~~entonces~~ estabas en lo mejor con no sé quién, los ladrones saquearon la ~~cosa~~ que te habían prestado, y lo único que dejaron fue la cama en que ~~estaban~~ y tuviste que amueblarla otra vez como si fuera nueva. Tal vez por eso me dá tanta risa cuando me mandan cartas anónimas. Porque sólo cuentan las perrerías en las que te va mal, y en las que te va bien sólo las cuentas tú, y nadie te las cree.

A mi me tienen sin cuidado, porque siempre he cumplido lo que te dije cuando nos casamos: no me importa con quien te acuestes por ahí, a condición de que no sea siempre la misma. Pero no me vendrás ahora con que ella es una distinta cada vez, si por poco no está cumpliendo contigo las mismas bodas de plata que cumplimos nosotros. Más de los años que tiene de casada con el chiflamicas de su marido, de quien se dice que va a la peluquería una vez por semana para que le serruchen la cornamenta, y se precia en sociedad de que sus hijos tengan los mismos párpados árabes de los Jaraiz de la Vera. Todos, menos la niña menor, con esa pelambre de negra brava que nadie sabe de dónde le viene, lo cual me hace pensar (a Dios gracias), que ya te dieron a tomar una sopa de tu propio chocolate.

*(Deslizan el periódico del día por debajo de la puerta.
Ella lo recoge y lo pone cerca del marido).*

(Irónica): Ahí tienes el de hoy, para que le des a ése su merecido descanso, que ya debe estar borrado de tanto leerlo.

*La interrumpe una voz inaudible en la puerta del
dormitorio. Escucha con atención, y luego imparte
instrucciones terminantes para la fiesta:*

Nada de eso, dile a Gaspar que procedan como acordamos en el ensayo del sábado, y que cualquier otra novedad de última hora la resuelva él con su criterio ¿De acuerdo?

(Pausa para escuchar)

Si. Y por favor, que no me molesten más. Y al señor tampoco. Ni por teléfono. Digan que no saben dónde fuimos. Vamos a estar ocupados aquí hasta quién sabe cuándo. *(Falsa sonrisa)* Gracias, Brígida.

Reflexiona:

¡Qué bruta soy! Las revistas de comadres van a publicar que hemos pasado todo el día celebrando las bodas de plata en la cama. *(Se encoge de hombros)*. ¡Me importa un ~~shoro~~^{culo} mientras no sea verdad! ¿Que estaba diciendo?

Pregunta al público:

¿Alguien recuerda qué estaba diciendo?

Las respuestas del público le permiten recuperar el hilo del monólogo, pero antes les dice a quienes la ayudaron a recordar:

Mil gracias, pero al fin y al cabo es mi marido, y este pleito es de nosotros y de nadie más. ¿Perdone, eh?

Al cabo de una reflexión larga, al marido:

Bueno: pero ahora todo eso es agua pasada. ¡Se acabó! Tu mamá de repuesto, la que te calentaba las medias antes de dormir para que no te fueras a morir por los pies, la que te cortaba las uñas con tijeritas de bordar, la que te echaba talco boricado en las entrepiernas para que no se te enconaran las escaldaduras con cuanta ~~agua~~^{puta} de guardarraya te llevabas

a tus trapiches, la que soportaba con tanta devoción tus vómitos de borracho y tus pedos de amanecido debajo de la manta, esa resolvió lo que tenía que haber resuelto desde el primer día: ¡se va al carajo!

~~Pues~~ tanto amor y tanto amor, ¿para que? para que terminaras siendo igual a mi padre, el muy mapolón, que no da golpe desde que le falló el negocio de los ratones amaestrados que hacía bailar en dos patas al son de la pandereta, vestidos de toreros, vestidos de obispos, vestidos de coroneles, que comían el queso sentados a la mesa con tenedor y cuchillo, que le ponían el cascabel al gato sin despertarlo, y hasta quería que hicieran el amor el uno encima de la otra, como lo hacíamos los humanos en aquellos tiempos. Figúrate seis años viviendo de esa semántica, hasta que empezaron a amanecer muertos en los cuartos uno por aquí, otro por allá, amorcillados y con una flor de sangre en el hocico, y no hubo yerbas de culebrero en los mercados ni talismán de merolico en las ferias para acabar con la peste.

Es que no te parecerías tanto a él si fueras hijo suyo, y hasta pienso que tu hijo no se parecería tanto a tí si no fuera porque se parece a su abuelo. Esta tarde llamó por teléfono y me preguntó: "¿Dónde está esa pobre víctima en vísperas de tan magna fecha?" Soy tan taruga que sólo cuando él me lo aclaró me di cuenta de que no se refería a mí sino a tí. Ni se imaginaba el pobre huérfano que hoy se acabó la eternidad. Aunque le

importará un pepino, claro. Qué le va a importar, si se ha pasado media vida viajando de cama en cama, como nuestro hijo, o sea, tu hijo, que apenas había cumplido dieciocho años y ya andaba con el cepillo de dientes en el bolsillo porque nunca sabe dónde va a amanecer. Los lunes donde Joséfa Peralta, los martes donde Petra Jiménez, los miércoles donde María Cualquiera, y así toda la semana, menos el domingo, que según dice él, es el día de la fidelidad, porque es el único en que duerme solo. Ni ellos mismos saben en qué casa los van a velar cuando se mueran. Idénticos los tres: en todo, hasta en el modo de orinar mirando hacia atrás por encima del hombro para vigilar que no los vean.

No. No tienes que decírmelo. Sé lo que me dirías ahora si no tuvieras que hacerte el muerto. *(La imita, con la mano en el pecho):*
Antes fue madre soy el mejor amigo de mis amigos.
 "Ya quisiera yo que algún amigo me quiera tanto como quiero yo al amigo que quiero menos". Se te oxidó la voz de tanto repetirlo desde que te lo oí por primera vez hace veinte años en un concurso de adivinanzas. Tanto, que todo el mundo terminó por creerlo. Es tu divisa para ponértela en la frente *(lo indica con los dedos)*, así, con grandes letras de luz: a-mi-go. Ya se sabe: conservas los mismos de siempre, no permites que se hable mal de ellos en tu presencia, gastas más en teléfono que en comida para saber de ellos, le das la vuelta al mundo sólo para tomarte un trago con ellos. Todo eso es la verdad santísima. Sólo que no son amigos sino cómplices: cómplices de parranda, cómplices de mujeres, cómplices de

negocios, cómplices de política. Y aun así, desde hace tiempo me estoy preguntando si todo lo que haces por ellos es por cariño o por vanidad. De modo que mis dudas de ahora no son sólo con respecto a mí sino con respecto a los demás. Al principio, todo lo que venía de ti me parecía amor, por lo mucho que yo te amaba. Pero ya no me pregunto si me quisiste alguna vez, sino si alguna vez has querido a alguien. *(Concluye en serio)*: Yo creo que a nadie. Y a ella menos que a nadie. ¿Oíste? Me- nos - que-a - na- die.

No has sido más que un marido oficial, con una debilidad de carácter que confundí a menudo con la ternura. En eso no ha fallado la educación formal de tu madre. Nunca se te olvidó el ramo de rosas el día de mi cumpleaños. Nunca me has dado una respuesta áspera. Nunca has hecho nada que me permita creer lo que tanto se dice, que me sacaste de mi casa por macho, pero que te casaste sin necesidad por la iglesia católica, sólo para romperle las criadillas a tu padre con una ruera plebeya y tartaja. No lo creo, pero mi juicio es peor: creo que te casaste conmigo por rebeldía, y que ahora me conservas por caridad. Sólo así se entiende que nunca pierdas los estribos y sorteas las borrascas más terribles con la misma receta: "No, mi amor, no te hagas mala sangre, cuenta hasta setenta y siete y ya verás que las cosas se arreglan solas". Pues ahora me pregunto si tu mansedumbre no es la forma más perversa del despotismo. Una urbanidad mañosa para no contestar, para no explicar

nada, para seguir viviendo en el limbo de la felicidad.

Pues ahí estamos. El 25 de junio ^{mañana} cumplimos dos años de no hacer el amor. El año pasado llamaste por teléfono desde Los Angeles sin ningún motivo, y yo lo entendí como un gesto de aniversario. Pero este año estabas aquí, leíste hasta muy tarde en la cama, y yo me quedé hojeando revistas viejas, sin leer, pendiente de alguna señal. Nada.

No pensaba seducirte, claro, pero me hacía falta hablarlo. Sigue haciéndome falta. Que al cabo de dos años de penitencia me reconozcas al menos el derecho a estar resentida porque en la ofuscación del amor me llamaste con el nombre de otra. (Que por cierto no era el de ella, ni recuerdo cuál). Sé muy bien que todo el mundo tiene otro en quien pensar en ese momento. ¿Quién no? Yo misma lo tengo, a pesar de que nunca te hice el honor de coronarte. Pero siempre te he querido demasiado para equivocarme de nombre.

Sigo creyendo que lo razonable era conversarlo la misma noche que sucedió. Pero no, en esta casa no se habla de problemas de la cintura para abajo. Son materia prohibida. Así que te dormiste contra la pared y me castigaste con la abstinencia. Hasta hoy. Dos años y tres meses. Hoy paro de contar.

Puestas

ve...
↑

Puestos a decir verdades, siempre temí de ti una reacción tan primitiva. Desde que vine por primera vez a esta casa. *(Breve reflexión)*. ^{Ahora} Bueno, ya está dicho. El caso es que tu madre me llamó sin que tu lo supieras, poco después de que nació tu hijo. Al principio me pareció una deslealtad, pero después pensé que quizás fuera bueno para tí y que al final sería mejor para el niño, y eso me encendió el ánimo. Es difícil imaginarse ahora cuánto valor hacía falta para entrar en esta casa caminando por las orillas porque creía que las alfombras no se podían pisar, creyendo que la bóveda del vestíbulo era en verdad de oro, que los frisos y los capiteles eran de oro, que todo lo dorado era de oro. El coraje que necesité para entenderme con ella, si siempre me la habías pintado como una sargenta mayor que sólo obedecía a sus propias leyes.

Hasta en la sepultura voy a seguir viéndola como aquella tarde entre las astromelias de la terraza: más empolvada que una japonesa en el mecedor de mimbre, vestida de hilo blanco con el collar de perlas de seis vueltas, y con el abanico de plumas de avestruz que todavía les prestamos todos los años a las reinas de la belleza. Lo primero que hizo la muy impertinente fue decirme que mi defecto de dicción no era por fatalidad sino por desidia. Me preguntó si quería una taza de té, y le dije que no, figúrate, si lo único que yo sabía del té era que mi madre me lo recetaba de niña para bajar la fiebre. Pero ella me lo sirvió de todos modos. "Ay,

hija mía", me dijo. "Te falta mucho por aprender". Me sorprendió que era más joven de lo que una podía imaginarse a la abuela de su hijo, derecha y lánguida, y muy bella, además, con aquellas pestañas de medio sueño que podían abanicarla mejor que el abanico. Me encantaron sus manos melancólicas, como de parafina, que querían hablar solas: idénticas a las tuyas. Pero me asustó la fuerza de su determinación.

Nunca había conocido un lugar tan callado. Había un canario en alguna parte, y cada vez que cantaba se movían las flores. De pronto, mientras hablábamos, oímos una tos desgarrada de alguien que se ahogaba dentro de la casa, y el silencio se hizo tan hondo que el mar se paró, se paró la tarde, se paró el mundo, todo, y yo sentí que no había aire para respirar. Tu madre se quedó con la taza suspendida con la punta de los dedos hasta que pasó la tos, y dijo muy despacio (*confidencial*). "Es él". Más tarde, cuando salía de la casa, alguien abrió una ventana por equivocación, y lo ví sin querer. Era un fantasma acostado, escuálido y amarillo, sin un solo pelo en el cráneo, sin un diente en la boca, y con unos ojos inmensos que ya no eran de este mundo. Pero aun en aquel estado se le notaba tanto el peso de su autoridad, que le hubiera bastado una sola palabra para aniquilarte.

Tu madre estaba segura de que no pasaría de ese fin de semana. Por eso me llamó. Me habló de tí, hijo único, del nieta destinado a ser también

el único en una familia que parece condenada a tener un solo hijo en cada generación, hasta que nazca una mujer sola y se extinga el apellido. Estaba resuelta a todo, a legitimar nuestro matrimonio, a falsificar las pruebas de mi origen, a entregarnos de una vez el vasto patrimonio familiar y esta estación de ferrocarril con todo lo que tenía dentro, con la única condición de que vinieras a suplicar el perdón oficial de tu padre moribundo. Yo me estaba reventando por decirle: ja, ja. Pero me conformé con contestarle que te conocía tanto, tanto, que te lo iba a pedir sólo por complacerla a ella, aunque estaba segura de que no vendrías. Ni muerto. Entonces ella me dijo con una convicción que me dio rabia: "Ay, hija, estás todavía demasiado verde para conocer a un hombre". Yo le insistí: "No vendrá, señora, créamelo". Y ella insistió: "Vendrá, ya lo verás".

(Enciende un cigarrillo)

Bueno, pues sí: viniste. Y no fue por mí. Es verdad que te puse la ^{de fila para que acudieras al enterramiento de tu} cantaleta una noche ~~a sentar tu tejedez mágica de que nada~~ ~~te que hacer aquí, pero~~ segura de que no vendrías de ningún modo. Y hasta sería capaz de pensar ahora que hice lo correcto, de no haber sido por la mala suerte de que viniste uno y regresaste otro. ¡Qué horror! Te bastó un solo entierro de cruz alta para olvidar el hambre, las humillaciones, tu pleito con el mundo. Te trasquilaron los bucles angélicos, te afeitaron a navaja, te peinaron para bailar el tango, con

gomina y la raya en el medio, y te pusieron un ^{-CLASE} vestido de paño inglés, con chaleco y leontina, y el anillo con los emblemas heráldicos que no te volviste a quitar. Y peor aun: de no haber sido por mí hubieras aceptado que te llamaran el marqués, como a tu padre y a tu abuelo [aunque ya nadie sabe a ciencia cierta si el señorío existió de veras alguna vez.] ¡Qué vergüenza! Volviste idéntico a todos, o como dices ahora con toda la boca: idéntico a tu bisabuelo el marqués. Hasta en su estreñimiento de cemento armado, tú, que nunca habías tenido problemas por ahí, sino todo lo contrario: un pato.

¿Qué podía hacer yo, con mi amor en llamas, sino empeñarme con todos mis méritos para hacerme digna de ti? Pues bien: aquí me tienes. En esta ciudad donde todo el mundo es doctor, yo soy la única cuatro veces doctora. Cuatro veces el sueño de mi madre. Además: francés en dos años, inglés en otros dos, muy mal, por cierto, pero tu mismo me dijiste que el idioma universal no es el inglés, sino el inglés hablado mal. Y dos maestrías: una en letras clásicas con una tesis sobre los celos en Catulo, y la mejor, Summa Cum Laude en retórica y elocuencia, después de corregirme la dicción con el método de Demóstenes, hablando en hexámetros técnicos hasta cuatro horas continuas con una piedra dentro de la boca (*Se mete el índice en la boca, y dice*): quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando?

lo que me vino fue ca... para no... la...

Por mudarme en esta casa perdí la confianza de mis amigas de escuela, las únicas que tenía, y nunca tuve por completo la de tus amigas de aquí. Terminé en una ultratumba de mujeres solas, cuya única afinidad conmigo era no saber a ciencia cierta dónde estaban los maridos. Pero era feliz porque no encontraba nada que desear. Me iba sin ti a los conciertos, al cine, a los bazares de caridad. Me refugié en la tertulia de mis hombres de letras, ~~que me llamaban "Polítima"~~ ~~gracias a la musa "Pica"~~ que me consagraron (en sus versos) ~~que me escribían~~ ^{humillación} sin la ~~sucesión~~ de desearme en la cama. ~~cuando volvía a casa te encontraba roncando o me sentía tan~~ ~~mal que ni oía cuando llegabas. No me costó ningún trabajo aprender a~~ ~~actuar en el teatro sin que nadie te notara.~~ Figúrate. Lo que tuve que cambiar para no ser menos. Tu lo resolviste fácil diciendo ~~entre chanzas y~~ ~~de veras que me había tomado en serio el marquesado, que cambié tu~~ amor por el de tu hijo, que la cama ya no me interesaba sino para dormir, o peor aun, para hacerme la dormida, que siempre estaba con el semáforo en rojo, como tu dices, que me demoraba en el baño hasta que te tumbaba el sueño, qué se yo, cuando la verde verdad es que siempre volvías de la calle con la planta apagada. No sé cuál fue tu pensamiento íntimo, porque nunca me lo dijiste, pero me sentí más que cohibida cuando cumplimos los quince años de casados y nos dieron el premio de la pareja feliz.

Total: que cuando vinimos a darnos cuenta ya estábamos haciendo las maletas para que tu hijo se fuera a Cornell University a estudiar no sé

qué (como no sea la metafísica de la almohada), acabado de malcriar por las sirvientas, comiendo con la misma cuchara desde la sopa hasta los postres, y diciendo váyamos, nadien, hubieron, y graduado como Dios manda con su primera condecoración venérea. ¡Qué horror! El tiempo se nos fue sin darnos cuenta: ¡zas! Veinte años.

(De aquí en adelante, quizás hasta la tormenta de nieve, Graciela hará una completa exhibición de modas mientras trata de decidir qué ropa se pondrá para la fiesta. La cantidad, la duración y el modo de los cambios frente a un espejo imaginario los decidirá el director de acuerdo con su criterio, y sin preocuparse de que sean ropas para una fiesta. Deben ser de épocas y estilos variados, al margen de los tiempos del drama, y más bien de acuerdo con la conveniencia dramática o con el estado de ánimo de Graciela).

Ahora tienes la desvergüenza de decir que la culpa es mía porque me puse a aprender latín. ¡Qué va! La culpa es mía, por supuesto, pero no por ningún latín ni por ningún niño envuelto, sino por no ponerte a ti en tu lugar desde el principio. ¿Sabes quién fue la primera que me lo reprochó? Tu madre. Una tarde, sin ocurrírsele siquiera que yo ^{no} lo sabía, me dijo: "Lo que no me explico es que hayas sido tan débil de permitirle esa barragana

pólvora mojada, pero tu cuello de gallo fino te palpitaba de rabia : señal de que te había dado en la mera médula. ¿Voy bien?

va a pag 7.

Fue de pura chiripa. Porque yo no sabía ni tenía por qué saber quién era ella, ni que se hacía agua por la popa con todo el que le conseguía papeles de caridad en los teatros de huérfanos. Buena actriz, eso sí, ni quien lo niegue. ~~Además, conociéndole como te conozco, estoy segura de que si no trató de brillar en otro cielo, con sus tremendas agallas de aguilta es porque tú no la dejaste. Porque ni siquiera le concediste el derecho de contarte sus ilusiones, de decirte para dónde se iba, ni qué pensaba hacer, sino que le señalaste la cama con tu índice de fuego, y te dijiste: "¡Tu ahí, en tu sitio!" ¡Niégafo!~~

~~Además,~~ que le diste al marido una dote en oro de ley para que se casara con ella, que le pasas un sueldo de capataz de tus trapiches para que sostenga la farsa, para que sea el papá de tus hijos, ¡qué val todo eso es puro flolcor local. Si lo sabré yo, que oigo decir lo mismo de mí porque era yo y no tu quien la llevaba a nuestra mesa después del teatro (siempre con un hombre distinto, claro), y fui yo y no tu quien se atrevió a invitarla a esta casa por primera vez, y fui yo y no tu quien le hizo el matrimonio, y quien le completó la boda con dinero en rama. Bueno pues: me equivoqué. Creí que era una manera inteligente de tocarle la conciencia, y resultó que la tiene igual que la tuya (*galpea algo dura con las nudillas*): hierro

macizo.

(Sale sin interrumpir el monólogo: va al baño)

Durante años me aguanté los papelitos anónimos que me metían por debajo de las puertas o en el parabrisas del automóvil, me hice la loca con las indiscreciones insidiosas, con las indirectas en las visitas, con la llamada fantasma que me hicieron una madrugada para decirme la dirección precisa de donde estabas con ella. En cambio, confieso que la primera prueba terminante que tuve me tomó de sorpresa, el domingo que la invitamos a almorzar en los trapiches, hace menos de dos años. Desde la primera vez que fui, hace no sé cuántos, me había jurado no volver jamás: no soporto los fermentos del guarapo ni el zumbido de los moscardones azules, y mucho menos el servilismo que les permites a tus peones para que te trabajen por la comida y los lleven a votar amarrados. Pero una vez más me convenciste con tus artes de ilusionista, y ahora sé por qué: fué una orden del destino.

(Se oye el ruido del agua en el inodoro, y ella reaparece un instante después)

¡Tuvo que ser! Porque desde que llegamos a los trapiches, (en medio de la bullaranga de los peones y el tropel de la molienda) tuvieron que

quitarle los perros de encima para que no me despedazaran, y en cambio a ella le hicieron la fiesta grande, le lamían las manos, se le metieron por entre las piernas con las colas alborotadas, hasta que al fin tuvieron que encadenarlos para que no la volvieran loca de amor.

Y aun así me quedaron dudas. ¿Sabes? Porque cuesta trabajo admitir que alguien tenga una amante más fea que la esposa.

(Furiosa de pronto)

¿Qué querías? ¿Que me rebajara a seguirte por las calles? ¿Que te hiciera vigilar por mis espías? ¿Que te pusiera una cantaleta de cotorra mojada, yo, que si algo detesto en este mundo es a las mujeres cantaleteras que sacan de quicio a los maridos con su habladera de días enteros y noches completas? ¡Qué va! Eso es lo que todos los hombres quisieran, todos, sin excepción. Les encanta que los celen. Si el obispo los saluda y ^{les} deja la mano perfumada de Maderas de Oriente, llegan radiantes a la casa y le ponen a una la palma en la nariz, huele, y no dicen nada más, para que una se imagine lo peor y haga el ridículo con un escándalo sin causa.

(En el fondo del escenario se oye el saxofón triste de Amalia Florida. Primero muy bajo, pero creciente, y

Juego tan intenso que interfiere la voz).

Les encanta dejar en los bolsillos números de teléfonos escritos al revés, sin ningún nombre, para que las esposas los encuentren cuando mandan a lavar la ropa. ~~Alguno comete la tontería de llamarles~~

~~con el nombre de la grabadora del Sindicato Único de Esquiadores. (Grita)~~

¡Cojones!

Asociación A. A.

va a los ministerios

¡Déjame hablar!

El saxo se interrumpe en seco. Graciela habla hacia la habitación del fondo:

Déjame hablar, Amalia Florida. ¿O es no te vas a resignar nunca a descansar en paz?

Hace una pausa, oyendo la respuesta inaudible de Amalia Florida, y replica:

De acuerdo, pero también los muertos se equivocan. Esta no ha sido nunca tu casa, y desde mañana tampoco será la mía. Así que lárgate a tus infiernos y déjame conversar en paz con mi marido.

Comprueba, al cabo de un silencio, que la música no va a continuar, y suspira con sincera compasión:

¡Pobre huérfana!

Reanuda el monólogo:

Te encantan los misterios, siempre que sean inventados por ti, claro. Pero si son reales no sabes dónde poner el cuerpo. Entonces entras en la casa como un fugitivo y vas derecho al baño a echarte tu loción personal para que no se te note la que traes de la calle, no tienes un minuto de paz, comes en las nubes, tiemblas cada vez que suena el teléfono. Y no solo tu: todos los hombres. Si un día le encuentran a una con la trompa en ristre por cualquier motivo, porque algo nos despertó antes de tiempo, o se nos cruzó la regla, o nos fue mal en la peluquería; o porque también nosotras tenemos nuestro secreto guardado, ¿por qué no?, entonces basta con que uno los mire directo a los ojos para que se mueran de terror.

(mira al marido)

¡Gallinas!

Nunca aprendiste que cuando una mujer amanece callada no hay que mirarla siquiera. Tu haces lo contrario: te asustas tanto que te vuelves más amable que nunca. ~~me sorprende con sacrificios que no quiero, me contaron el holocausto, y terminas repletándome muerto de risa. Los chistes que me contaron la noche anterior~~

En cambio, nada los vuelve tan valientes como los celos. Porque el colmo del descaro es ese, que no hay nadie más celoso que un marido infiel. Figúrate. Se pasan la tarde con la otra, y vuelven a la casa enloquecidos por saber con quién hablábamos por teléfono en tantas horas que estuvo ocupado. Y tu más que nadie. Imagínate, tu, que nunca te he preguntado dónde estabas, ni para dónde vas, ni a qué hora vuelves, sino que te vas sin decir ni aquí voy, y en cambio regresas de tus gatuperios haciendo preguntas con emboscadas, diciendo mentiras para sacar verdades, y tratando de enterarte de paso dónde voy a almorzar, con quien, a qué hora, para saber adónde puedes ir con ella sin tropezarte conmigo.

Había que ver la temblorina de paludismo que te dio cuando oíste decir que había hecho el amor con seis de mis hombres de letras al mismo tiempo. ~~que para ayudarlos a entender el síndrome de Mesalina.~~

Yo, amaestrada por mi esposo amantísimo en las delicias de la castidad. Había que sentirte el resplador de la fiebre cuando te metieron en la cabeza que me había acostado con El Nano. ¡Qué horror! Todos los recursos

de la inteligencia humana puestos al servicio del ridículo.

Piensa un rato, sonríe con malicia, y reanuda en otro tono.

¿Quieres saber la verdad? Fue peor de lo que te contaron, peor aun que tus fantasmas dementes.

(Pausa larga)

Pues bien:

no -me-acosté- con- él

*no decirlo
no anticipar*

No porque me faltaran disposición y ánimos, sino porque también él resultó igual que todos: ¡gallina!

[El error fue mío desde el principio, pero] ^{no} tengo de qué arrepentirme: si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría. [Fue por la época en que] estábamos por esta cruz y aquel cuadro, (como decía mi madre), de verdad en las últimas, y un día en que no nos amaneció ni para la leche del niño me puse mi vestido de florecitas rosadas, y me fuí a ver al Nano sin conocerlo siquiera, sin pedirle audiencia. Me recibió bien, con más

curiosidad que interés, pero bien, y desde que entré en las oficinas me embadurnó de pies a cabeza con una mirada de manteca de cerdo que me dejó en pelotas ¡Qué tipo!

Bueno; pensé yo, esto empieza bien. Así que le solté toda la jitanjáfora: ~~... que vivíamos, mis apuros planchando camisas el mismo tiempo que criaba al niño, tus afanes buscando algo que hacer aunque fuera de camarero en los hoteles, el miedo de todo el mundo a las amenazas bíblicas de tu padre. No necesité mucho para darme cuenta de que mientras te hablaba, él estaba más pendiente de mí que de lo que le estaba diciendo. Pero me mantuve en mis aires hasta terminar.~~
al final
 entonces le dije sin más vueltas que tuviera el coraje de darte un empleo.

*Ornis
La...*

Nunca en mi vida había visto ni creo que vuelva a ver un hombre tan bruto. Ni siquiera se tomó el trabajo de ponerme una flor en la almohada. ¡Qué val! Me contestó de frente que por una mujer como yo era capaz de comerse un cocodrilo (como si hubiera leído a Shakespeare!), y me propuso que volviera el martes siguiente después de las horas de oficina, sola y por el ascensor de servicio, y que el miércoles por la mañana tendrías tu empleo, así tuviera que matarse a plomo con tu padre. Me dio toda clase de racionios. Que un hombre como tu entendía que el amor libre era un método civilizada de empujar el mundo. Que cuando eran muchachos tú y él y toda tu pandilla de niños relamidos de La Bella Mar se

iban al Parque de los Suspiros en los automóviles de sus papás y se intercambiaban las novias barajadas en la oscuridad, y todos encantados, ellas y ustedes.

No le dejé decir más. El martes a las seis de la tarde subí por el ascensor de servicio, raspé tres veces el cristal de la puerta con el anillo, como él me había indicado, y me abrió él mismo. *(Ríe encantada)*

¡Estaba cagado de terror!

Sólo faltó que se arrodillara para implorar mi perdón, que cómo se le había ocurrido semejante infamia, que al contrario: que ojalá Dios le hubiera dado una mujer igual a mí, capaz de arrastrarse hasta el patíbulo por ayudar a su esposo. Y después de muchas sinalefas y jeremías me dijo que por supuesto eso no quería decir que se arrepintiera de su palabra, pues al día siguiente tendrías tu empleo ~~por la amabilidad de tus méritos y por~~
~~los honores de tus apellidos. Y lo repitió: "Aunque tenga que matarme a~~
~~prima con el marqués".~~

(Sonríe) ¡Ay, Dios mío, lo que tuvo que oír el pobre huérfano! Hasta me asusté de que le fuera a dar una cataplexia cuando le dije que una cosa es ser hombre, y otra bien distinta es humillar a una mujer negándose a aceptarle la deshonra, después de hacerla ir hasta allá

arrastrando el honor. Así que le dije, para acabar de rematarlo, que su deber era cumplir como hombre no solo para pagar sino también para cobrar. Y con las mismas me fui quitando mi vestido de florecitas *(actuando)*, mis medias descosidas en el talón, mis sostenes de recién parida, y al pobre no se le ocurrió nada más que envolverme con el mantel de la mesa de juntas antes de que acabara de quedarme en los puros cueros. Ahora, ambos hacemos caras de abisinios cada vez que lo encuentro por ahí con medio cuerpo muerto, hecho un espantapájaros en la silla de ruedas, pero él sabe que yo sé que él sabe que yo sé, y no hay medicina para borrar los recuerdos. *Me me acosté con él* Pero aquella vez, hace ahora ¿cuántos? veintidós, veintitrés años, ¡qué gusto me dió! ¡Qué gusto, carajol!

Fue así ¹ ~~Así~~ me acosté ² con él.

~~-De modo que fue así y no hace cinco años, cuando viniste listo para la autopsia porque oíste el chisme atrasado y mal dicho, ~~cuando~~ ~~estábamos~~ ~~razguñando~~ ~~las~~ ~~paredes~~, y estabas tan ocupado con tus ~~momentos~~ ~~de~~ ~~bitter~~ ~~que~~ ~~ni~~ ~~siquiera~~ ~~te~~ ~~dabas~~ ~~tiempo~~ ~~para~~ ~~vacunarte~~ ~~contra~~ ~~la~~ ~~coronavirus~~.~~

*Aire alio & Louisa
(maliciosa)*

En cambio, al que tenías que pegarle un tiro, en serio, es a Floro Morales. No por él, que es todo un príncipe, sino por mí.

Tu mismo te lo buscaste, en París, cuando me dijiste al descuido: "El que está aquí es el pobre Floro Morales, solo, sin nadie con quien salir". Yo trataba de adivinar qué era lo que buscabas sin decirlo de frente, y tu seguías sesgado: "Me encantaría invitarlo al concierto del sábado si no fuera porque tenemos esa cena en Bruselas con la gente de Rumpelmayer, esos que tanto te aburren. Porque te aburren ¿cierto?, tanto como me parece que te aburre Bruselas". Claro que me aburrían, Bruselas y los hombres de Rumpelmayer, lo mismo que me aburres tu cuando quieres conseguir algo y no te atreves a decirlo, y como siempre me aburrirá cenar hablando otro idioma, con los dedos de los piés engarrotados por el miedo de hablarlo mal. Así que no tuve que hacer ningún sacrificio para llegar adónde tu querías, y te dije que te fueras solo a Bruselas ("Dí que me resfrié con este tiempo de renacuajos, y yo me voy al concierto con el pobre Floro, que bastantes invitaciones le debemos") ¿Voy bien?

Bueno. ~~Pues~~ ahora lo veo claro: la que estaba en Bruselas era ella, viajando detrás de nosotros en el siguiente avión. Inventaste la cena para verla a ella, porque sabías que yo no volvería a Bruselas después de la primera vez, que fue horrible, y mucho menos a cenar con nadie en francés. De modo que me dejaste en brazos de Floro Morales con la fantasía de siempre: "Ya sabes que no hay ningún peligro: es del otro

equipo". *(Más enfática)*: Ja, ja.

Era la segunda vez que estábamos en París, y yo parecía una pava maneada, pendiente de imitar lo que tu hacías, o lo que hacían los otros, para que no se me notaran los resabios de la provincia. Pero con Floro Morales no sólo pasé un legítimo sábado de gloria, sino que le alcanzó para revelarme muchas cosas que me faltaban en tí, y que me cambiaron la vida.

No quiero ser injusta. ~~Siempre reconocí que nadie me ha redimido mejor que tú. Mis cuatro doctorados y mis dos maestrías.~~ Cuando nos mudamos para esta casa yo no sabía distinguir entre los ceniceros y las urnas funerarias. Y tu, con una dulzura que sólo parecía posible por amor, me ibas enseñando el mundo.

(actúa hacia el público)

~~Es una aceituna.~~

~~Se come así: mira, se le quita la pulpa con los dientes y se deja la~~
pepa pelada.

~~Una azahorita: se le van quitando las hojas, se mojan en~~

~~una magreta que se comen así, una por una, y al final se come el corazón, que es el bocado más tierno que existe, como su nombre lo indica: cœur d'actichaut.~~

~~Esto es un espárrago: te lo comes ahora, y cuando hagas pipí esta tarde vas a sentir la fragancia de tus entrañas. Sheshshshshsh.~~

Y en música, ni hablar: me sacaste cruda de los acordeones vallenatos, de los merengue de Santo Domingo, de las plenas de Puerto Rico que tronaban en las noches de la marisma, y me diste a probar el veneno de Bach, de Beethoven, de Brahms, de Bartok, las cuatro bes sin las cuales ya no puedo vivir. Me hiciste entender lo que dijo Debussy, que lo más difícil de tocar el piano es hacer olvidar que tiene martillos. O lo que dijo Stravinski, que Vivaldi compuso el mismo concierto quinientas veces.

Pero lo que Floro Morales me enseñó en una sola noche fue algo que me hacía falta para aprovechar mejor lo que me habías enseñado: que hay que desconfiar, por principio, de las cosas que nos hacen felices. Hay que aprender a reirse de ellas, si no, ellas terminarán riéndose de nosotros.

Ya sé que estás pensando. Lo de siempre: que es un cursi. (*Se encoge de hombros*): Bah! Yo también. (*Se ríe*) ¿Sabes qué me dijo el

muy bárbaro? Que Mozart no existe, porque cuando es malo parece Hydn y cuando es bueno parece Beethoven.

Todo eso, si quieres, son frivolidades de salón. Pero lo que nunca olvidaré es su manera de acompañarme. Me hacía sentir que todo lo que yo decía era lo más importante del mundo, me hacía sentir que cualquier cosa que yo hacía era una lección para ^{el} su vida. Y sobre todo, no le tenía miedo a la ternura. A medida que pasaban las horas me convencía de lo fácil que hubiera sido la vida con él. Más fácil que contigo, sin duda, aunque quizás menos divertida.

(Mientras la cuenta se va haciendo de noche).

Fue una noche mágica. Tanto, que por un momento tuve miedo de que al día siguiente, cuando regresaras de Bruselas, me iba a sentir contigo en una isla desierta.

Cuando salimos de cenar después del concierto, las calles empezaban a cubrirse de una espuma luminosa. Tardé un instante en entender que estaba nevando, porque era la primera vez que lo veía.

(Al fondo se enciende el perfil luminoso de París, y empieza a nevar en el escenario. Ella se pone un

radiante abrigo de piel y un sombrero de los años veinte).

Él se quitó los zapatos, los amarró por los cordones y se los colgó del cuello. ~~Me asusté.~~ "Te va dar a dar una pulmonía", le dije. "Qué va", me dijo él. "La nieve es caliente". Entonces hice lo mismo.

Se quita los zapatos, ya en plena tormenta de nieve.

¡Qué maravilla! *(Feliz)* Nevaba sobre las cúpulas doradas, sobre los barcos iluminados que pasaban cantando bajo los puentes, nevaba para él y para mí en todo París, nevaba para los dos solos en el mundo entero.

Empieza a cantar "La Complainte de la Butte", al tiempo que la baila bajo la nieve, loca de felicidad.

La nevada se extiende hasta la platea. La música de la canción tocada en piano mecánico ocupa todo el ámbito del teatro.

Cuando acaba de nevar es de noche otra vez en la casita del Caribe. Las cuerdas están a reventar con tanta ropa colgada. Graciela, vestida de pobre, se siente exhausta

radiante abrigo de piel y un sombrero de los años veinte).

Él se quitó los zapatos, los amarró por los cordones y se los colgó del cuello. ~~Me asusté.~~ "Te va dar a dar una pulmonía", le dije. "Qué va", me dijo él. "La nieve es caliente". Entonces hice lo mismo.

Se quita los zapatos, ya en plena tormenta de nieve.

¡Qué maravilla! *(Feliz)* Nevaba sobre las cúpulas doradas, sobre los barcos iluminados que pasaban cantando bajo los puentes, nevaba para él y para mí en todo París, nevaba para los dos solos en el mundo entero.

Empieza a cantar "La Complainte de la Butte", al tiempo que la baila bajo la nieve, loca de felicidad.

La nevada se extiende hasta la platea. La música de la canción tocada en piano mecánico ocupa todo el ámbito del teatro.

Cuando acaba de nevar es de noche otra vez en la casita del Caribe. Las cuerdas están a reventar con tanta ropa colgada. Graciela, vestida de pobre, se sienta exhausta

en un banquito y adopta un tono inconsolable.

Estábamos llegando al hotel, exhaustos de gozar la nieve, cuando se me ocurrió de pronto: me va a pedir que lo invite a subir a mi cuarto. Que le ofrezca un trago, que le muestre el álbum de fotos, que sé yo, cualquier artimaña de esas que inventan los hombres para subir a los cuartos. Y entonces pensé: éste debe ser distinto. No debe ser de los apresurados, no debe ser de los que le preguntan a una si le gustó y se voltean contra la pared y se duermen en seguida. ¡Qué va! Estoy segura de que no era igual a nadie. Además, desde temprano me dí cuenta de que no era del otro bando, que es lo que siempre dicen ustedes de los que son distintos. Al contrario: es todo un hombre. Tanto, que no me propuso subir al cuarto. Me despidió en la puerta con un par de besos cálidos en las mejillas, y nunca en mi vida me sentí tan sola como cuando se fue. A la mañana siguiente me subieron con el desayuno una canasta de rosas que no cabía por la puerta, y una tarjeta suya que sólo decía: ¡Qué lástima! Entonces entendí lo que nunca había querido: que hay un momento de la vida en que una mujer casada puede acostarse con otro sin ser infiel.

*Casi imperceptible, se inicia en el cuarto vecino el
ejercicio de saxofón. El mismo de siempre. Graciela va*

emergiendo del estupor a medida que sube el volumen de la música. Suspira:

¡Ay, Amalia Florida, no hay como tú para castigarme siempre con la realidad!

El saxo se interrumpe en seco. Graciela se levanta decidida.

Pero ahora se acabó. ¡A la mierda el pasado!

(Arranca a tirones la ropa seca en los alambres, descuelga la hamaca, tira fuera los muebles, y así va desmantelando el escenario hasta dejarlo convertido en un espacio actual, de noche, en cuyo muro del fondo se destaca un gran retrato al óleo del primer marqués.

El marido continua leyendo.)

No quiero saber nada más de heráldicas inventadas, ni de falsos retratos de bisabuelos falsos pintados por falsos Velázquez, ni de

carretadas de votos comprados para políticos matreros. Durante años me consolé con la ilusión de una casa de reposo frente al mar, para irme a vivir con mis hombres de letras lejos de tanto horror. Pero ahora no sería un modo de continuar el pasado, y ya no quiero saber nada más de este mundo ni este tiempo, ni nada más de nadie que me permita recordarlos. Ni siquiera de mi hijo, que es el tuyo. ¿Me oíste? Y menos de él que de nadie.

(Cambia)

El lunes lo llamé con el pretexto de preguntarle en qué avión llegaba, porque no resistía más las ansias de contarle mi estado. Había un mensaje en el contestador automático diciendo que estaba en otro número. Llamé ahí, a las siete de la mañana, y me contestó alguien que por la voz se conocía que era una rubia desnuda. Me dijo que sí, que tu hijo estaba durmiendo con ella, pero que había dado orden de no despertarlo hasta las nueve. Le dije que era de parte de su mamá, y me contestó de mala manera que no podía ser, porque tu hijo era huérfano de padre y madre.

(Mira su reloj de pulsa, y se apresura):

Ay
¡Madre! Se nos vino el tiempo encima.

Sale corriendo. Se oye el ruido de la ducha. Graciela

levanta la voz para reanudar en un tono más doméstico:

Bueno. Lo encontré en su casa al medio día y me aclaró que él no había dicho nunca que era huérfano, sino que siempre se había sentido como si lo fuera. Pensé que lo decía lo mismo que yo, pobre huérfano, sin que nadie se haya muerto, pero él me explicó con todas sus letras que se sentía como si tu y yo no fuéramos nosotros. Así, de muy buen tono, y sin deseos de ofender. ¡Sabe Dios qué quiso decir! Después, también de pasada, me dijo que fíjate mamá, qué pena, pero no puedo estar en tus bodas de plata porque tengo que irme esta tarde a Chicago, para el matrimonio de Agatha. Le pregunté quién era Agatha, y me dijo que es la novia suya que me había contestado al teléfono por la mañana, que se iba a casar con otro por dos o tres años porque tenían un compromiso anterior.

Sin embargo, eran tantas mis ansias que al fin se lo conté: que después de un análisis serio y desgarrador, no de ahora sino de varios años, había resuelto irme a vivir sola. Le expliqué los motivos lo mejor que pude, cuidando muy bien mis palabras en el reparto de la culpa, para que comprendiera que cuando dos personas se separan puede darse el caso de que ambos tengan razón. Sentía que me estaba oyendo de prisa, pero no me interrumpió hasta que llegué al final, y entonces me dijo: "Me parece

muy bien, madre: déjame el teléfono de donde estarás, para llamarte cuando regrese de Chicago".

Identificas los tres.

(Cesa la ducha. Graciela entra en bata de baño secándose el pelo con un secador eléctrico)

[Figúrate.] ¡Pobre de la mujer que le toques! Desde que estaba así, *(la indica con la mano)* chiquitito, en la miseria de la marisma, me preguntó una vez: "Mamá, ¿qué comen los pobres?". Pues ahora lo va a saber, si por fin tienes el coraje de confesarle que en menos de veinte años has hecho polvo una fortuna que durante tres siglos fue una de las más acreditadas del Caribe. Ser pobre será lo único que tendrá de mí, ~~no se le va a caer ningún mérito en un país como este que se está desbaratando a pedazos. No, lo admirable es que te hayas arruinado sin el mínimo esfuerzo, sin despilfarro, sin malos manejos, nada, dejándola ~~caer~~ plata por extinción natural, por pura desidia. Mal que bien, digas ~~ya, no deja de ser una proeza.~~~~

(Acaba de secarse el pelo y empieza a vestirse para la fiesta).

~~Mal que bien~~ me alegro. Nunca tuve la conciencia en calma pensando que

cada bocado que masticaba en esta casa había sido pagado con la vida de alguien a quien el bisabuelo de tu bisabuelo el marqués, había cazado a lazo en el Senegal, con licencia de sus muy católicas majestades, para venderlo aquí diez veces más, caro que en los mercados de África.

~~menos era eso lo que tu contabas cuando te subleivaste contra tu padre, y mostrabas los libros de cuentas coloniales para que viéramos qué clase de bandoleros adornaban tus orígenes. Debió ser por eso que desde que vine contigo, sin maleta, sin nada, porque no tenía nada que traer, he dejado~~

de pensar en esos pobres huérfanos que se murieron aquí sin saber ni siquiera dónde estaban, picando piedra a sol y sereno para construir una muralla que el rey Felipe II quería ver desde España con un catalejo. Imagínate que unos selenitas de yelmo y coraza te hubieran enlazado en el nombre de Dios cuando salías de la marisma a jugar billar, que te hubieran cambiado por doscientas yardas de popelina y te hubieran encadenado por los tobillos durante noventa días con cuatrocientos más en la sentina de un barco, y te hubieran vendido al peso como una res de engorde en una ciudad donde no entendías la lengua, ni te conmovían las canciones, ni sabías dónde estaba Dios, y lo único que te regalaban para acordarte de tu tierra eran estos calores mortales y los efluvios de caaca tibia al atardecer.

Es increíble que el cuerpo no tenga una manera de transmitir la memoria. Al menos a mi me consta que los negros de la marisma se

acuerdan. Yo los veía pasar por mi ventana, descalzos como reyes, y hasta en la parsimonia de su modo de andar se les veía que se acordaban. Los oía cantar de noche mirando desde la muralla la lumbre de la luna en el mar, y en el cristal de la voz se ~~me~~ sentía que se acordaban. Se les sentía hasta en la sonrisa ladina con que me decían de soslayo al pasar: "Adioooooos, señó". Así no más, señó, para no equivocarse si era señora o señorita, pensando quizás que un solo error podría costarles otros dos o tres siglos de cautiverio.

Reaparece el óvalo luminoso del espejo en primer plano.

Cuando acaba de vestirse, Graciela lleva un cofre de joyas al tocador imaginario y se sienta a maquillarse.

Entonces no se dirige al marido sino a su propia imagen.

Mientras se maquilla, un criado de uniforme, a media sombra, entra casi en puntillas y empieza a poner canastas de rosas en la habitación. Desde aquí hasta el final entrará varias veces con adornos florales que terminarán por ocupar el fondo del escenario.

A un cierto momento, el ámbito del teatro se irá saturando de una creciente fragancia de rosas.

Si al menos te quedara el consuelo de haber terminado con una infamia histórica. Pero ni eso. El único esfuerzo que has hecho para acabar con esta fortuna es levantarte todos los días a las diez de la mañana. Pero tampoco de eso se habla, por supuesto. O-tro-te-ma-pro-hi-bi-do.

¿Quién te entiende? Te pasas la vida sacándole el cuerpo a la realidad (*La imita*), "olvidalo mi amor, no te maltrates el día", "tómame tu agüita de bolfo y sueña con los ángeles". Y de pronto (*con un gesto de las manos*), izas! pierdes los estribos por primera vez a la muy avanzada edad de cuarenta y ocho años, sin ningún motivo aparente, y vuelves añicos *Zas!* la vajilla regia (*Lo oclúa, mientras se oye el estrépito de la noche anterior*), ~~el saramita de té del mandarín-hermafrodita por allá~~ (*estrépito*) ~~la cerámica imperial de Limoge por aquí~~, (*estrépito*), ~~los cristales de Metssen por allá~~, (*estrépito*) ~~la porcelana de Dresden~~, ~~tras~~ (*estrépito*). Si no hiciste por asustarme, te salió al revés. Para mí fue como un relámpago de liberación en medio del estrépito, con la esperanza de que aquella explosión de cólera nos abriera la brecha para una nueva intimidad. Pero ya vimos que no. Fue sólo el final espléndido de una farsa bien sostenida durante tantos años: un reguero de vidrio.

~~Por lo demás no tenías ni que preocuparte, imagínate, si aquí estaba tu sierva hecha a mano para el arte civil de barrer para dentro,~~

moderado

para narcotizar a los vecinos con el poema inmarcesible de que se desbarrancó un armario con todo lo que teníamos de más valor, para esconder las pruebas de tu barbarie y mandarlas a botar lo más lejos posible, más allá del cementerio de los chipos, para que nadie se percatara de que mi dulce esposo es un energúmeno perfumado

Vacia el cofre en la mesa: es una colección deslumbrante y variada como el tesoro de un pirata. Escoge un lapahuesos de diamantes, con sus aretes y pulseras, y se los pone ante el espejo.

Estos son lo mismo que mi cepillo de dientes: personales e intrasferibles. Un premio a la resistencia física.

Aprecia en sus manos las mejores prendas.

Y estas son del patrimonio familiar. La diadema en platino y oro, perlas y brillantes, que la primera marquesa estrenó para su boda, a los dieciocho años. *(Se la prueba)* Nadie la volvió a usar desde entonces, porque sólo la puede llevar para casarse la hija mayor de cada generación, y no volvió a nacer ninguna. *(Otra)* Pulsera de once esmeraldas *(Se la pone en el cuello)* que se puede usar también como gargantilla. *(Otra)* Anillo de compromiso: un zafiro con dos diamantes del Vieux Bresil. *(Se*

lo prueba) Pude llevarlo yo, pero no nos dimos tiempo para estar comprometidos. *(Otra)* Y este es el hilo de perlas de seis vueltas que tu madre no se quitó sino para morir. *(Se quita todo; suspirando):* En fin: el saldo de un imperio de filibusteros.

El espejo desaparece. Graciela echa todas las joyas a dos manos dentro del cofre, y sale con él, diciendo:

Si yo supiera que las van a rematar en subasta pública para una buena obra, ¡de acuerdo! ¿Pero dejarlas aquí para que las luzca cualquier guaricha de a dos por cinco sin haberlas sudado? ¡Qué va!

Al cabo de un breve silencio se oye el desagüe del inodoro. Graciela entra con el cofre vacío, que tira sin consideración en el cajón de la basura.

Tranquilo. Esto no va a dejarte más arruinado de lo que estás.

Y yo, desde luego, no te costaré un centavo más. Me voy como vine, con una mano alante y otra atrás, y sin perros que me ladren. ~~Y ahora sí, es el caso de decirlo, porque ya tus perros tienen a quien no ladrarle.~~ Pero que esa bastarda no se vaya a constipar con la ilusión de que me voy por

Figurate

ella. Imagínate. ~~¡Por tan poca cosa!~~ Más bien tendría que agradecerle que me haya rescatado de una ilusión abrumadora para tomar conciencia de mi destino servil. Me voy por mí, y por nadie más, harta de una suerte mezquina que me lo ha dado todo menos el amor. *

(Se sirve un trago y lo bebe a pequeños sorbos)

No era esto lo que andaba buscando cuando me fugué contigo, ni lo que he estado esperando durante tantos y tantos años en esta casa ajena, y lo voy a seguir buscando hasta el último suspiro, donde esté y como esté, aunque el cielo se me caiga encima. Si el matrimonio no puede darme más que honor y seguridad, a la mierda: ya habrá otros modos.

(Las parejas de invitadas vestidos de etiqueta empiezan a entrar por ambos lados, y poco a poco irán ocupando la penumbra del fondo entre las canastas de rosas. Son como sombras estáticas cuyas caras no se ven. Así permanecerán hasta el final).

Has visto qué bien sobrellevo los desastres irreparables de la intimidad. Bueno: ~~para~~ los volvería a desafiar a todos, y hasta con una gran alegría, sólo por ayudarte a envejecer. Pero a fuerza de soportarlos tanto no aguanto más los incordios minúsculos de la felicidad cotidiana.

No aguanto más no saber a qué hora se come porque nunca se sabe a qué hora vas a llegar. No aguanto más que el pescado se vuelva a morir dos veces en el horno y que los invitados rueden borrachos por las alfombras esperando a que llegues. (Si llegas). No aguanto más que cuando llegas seas tan seductor que me tratan a mí como si fuera yo la que llega tarde, o peor, la que no te deja llegar, y no tienes sino que sentarte al piano, o iniciar tus suertes de barajas, para que todos caigan en éxtasis a tus piés, y hasta los leones de mármol del vestíbulo se ponen a cantar a coro las mismas canciones de toda la vida, que el vino que tiene Asunción no es blanco ni tinto ni tiene color, toda la noche, una vez y otra vez, hasta que no queda ni una gota de vino en los porrones, ~~y empiezo el Tan-Tum-Ergo; Sacramento~~ *(Lo inicia, pero se interrumpe enseguida, fastidiado)*. ¡Se acabó!

(En crescendo vehemente):

No aguanto más que vayas por todas parte soltando mentiras con dos jorobas más grandes que las de un camello, y que después te vuelvas siempre a preguntarme "¿No es cierto mi amor?", y yo tenga que decir sin falta como el acólito en la misa, tocando la campana: "Sí, mi amor". No aguanto más criminales políticos en nuestra mesa. No aguanto más difamaciones de imbéciles contra mis hombres de letras. No aguanto más el chiste del que pide en la cantina un whisky sin agua y le contestan que

será sin soda porque agua no hay. No aguanto más el desastre de la cocina cuando te da por preparar la receta del gallo hindú. No aguanto más el inventario matutino de tus desgracias porque no encuentras la camisa que quieres, cuando hay doscientas iguales en el ropero, acabadas de planchar y fragantes de vetiver. No aguanto más el tanque de oxígeno de emergencia a las tres de la madrugada cada vez que te tomas un trago de más y despiertas con la conducerma de siempre de que te falta el aire para respirar. No aguanto más quejumbres porque no encuentras los lentes que tienes puestos, ni porque se acabó el papel de baño con olor de rosas, ni el reguero de ropa por toda la casa: la corbata en el vestíbulo, el saco en la sala, la camisa en el comedor, los zapatos en la cocina, los calzoncillos en cualquier parte, y todas las luces encendidas por donde vas pasando, y el susto del diluvio al despertar porque anoche se te olvidó cerrar los grifos de la bañera, y la televisión hablando sola, y tu como si nada mientras el mundo se viene abajo, embalsamado detrás de ese periódico que repasas y vuelves a repasar al derecho y al revés, como si estuviera escrito en algarabía. No te aguanto más a tí travestido de manola, con la cara pintorreteada y la voz de retrasada mental cantando la misma cagantina de siempre:

(Coge un abanico de manola y caricaturiza la canción)

Yo tengo,

yo tengo para hacer cría,
una po,
una pollita en mi casa,
cantandó,
cantandó no más lo pasa,
y no pó,
y no pone todavía. Etc.

(Tira el abanico con rabia, y coge la caja de fósforos más cercana para encender el cigarillo, pero está vacía. Sin interrumpir el monólogo seguirá abriendo otras de las muchas que hay dispuestas en distintos lugares del escenario, pero todas vacías. Estrella una contra el suelo).

(Gritando): No aguanto más que seas tan simpático icarajo!

Hace una pausa, osezante, y cuando recobra el aliento reanuda en un tono más sereno:

Vas a cumplir medio siglo de vida, y todavía no has descubierto que a pesar de los viajes a la luna, a pesar de las seis suites para chelo solo, a pesar de tantas glorias del alma, los seres humanos seguimos siendo.

iguales a los perros. Todavía soy consciente de cómo me miran los hombres (y algunas mujeres, por supuesto), de cómo me eligen a distancia y se abren paso en la muchedumbre y vienen hacia mí, y me saludan con un beso que a todo el mundo le parece convencional, pero que no siempre lo es. ¡Qué va! La mayoría lo hace sólo para olfatearme, como los perros de la calle, y las mujeres tenemos un instinto para soltarles a unos un olor que les dice que no, y para soltarles a otros un olor que les dice que sí. Entre la gente que conocemos, aún entre los amigos más íntimos, cada mujer sabe quiénes son los hombres que sí, y ellos también lo saben. Es una comunidad unida por un pacto confidencial del cual nunca se habla, y quizás ni se hablará nunca, pero que está ahí, siempre alerta, siempre disponible, por si acaso.

De manera que llegado el ~~momento~~ ^{día}, no ha de faltar un hombre que me ame de sobra para despertarme de amor cuando me haga la dormida, para que tumbe la puerta del baño cuando lo esté haciendo esperar demasiado, para que no le asuste ser vampiro en una que otra luna, y que sea capaz de serlo donde sea y como sea y no siempre en la cama como los muertos. Que esté preparado para recibir la inspiración del Espíritu Santo en mitad del almuerzo, y que yo se lo vea en el fulgor de sus ojos, y se me quite el hambre con un nudo en la voz, y tapemos los platos para que no se nos enfríe la comida mientras vamos al cuarto y volvemos. Un hombre que no

deje de hacerlo conmigo porque se imagina que no quiero, sino que me obligue a querer hacerlo aunque yo no quiera, a todas horas y en cualquier parte, como sea y por dónde sea, debajo de los puentes, en las escaleras de incendio, en el retrete de un avión mientras el mundo duerme en medio del Atlántico, y que aún en las tinieblas exteriores o en los finales más ciegos sepa siempre que soy yo la que está con él, y que soy yo y ninguna otra la única que fue mandada a hacer sobre medidas para hacerlo feliz y ser feliz con él hasta la puta muerte.

Desesperada de no encontrar fósforos en las cajas, se aproxima por primera vez al marido, como si fuera un mueble más, y le saca un encendedor del bolsillo del saco. Después de encender el cigarrillo, le dice:

Y si no lo encuentro, no importa. Prefiero la libertad de estarlo buscando hasta siempre que el horror de saber que no existe otro a quien pueda querer como sólo he querido a uno en esta vida. ¿Sabes a quién?

(Le grita cerca):

A tí, cabrón.

Sin rabia, sin maldad, casi como una travesura, le prende

fuego al periódico que lee el marido. Luego se aparta, le da la espalda, y llega al final del monólogo sin darse cuenta de que el fuego se ha propagado, y el esposo inmóvil está siendo consumido por las llamas.

A tí: el pobre diablo con quien me fugué desnuda desde antes de nacer, al que le vigilaba el aliento mientras dormía para estar segura de que estaba vivo y era mío, y le revisaba cada pulgada de su piel de recién nacido para cuidar que no le faltara nada: ni un surco de más, ni un poro de menos, ni nada que pudiera perturbar el reposo de lo que era mío.

(El primer mambo de la noche o grande orquesta empieza a volumen creciente, y Graciela va elevando la voz para hacerse oír)

Porque yo lo inventé para mí, tal como lo soñé a su propia imagen y semejanza desde mucho antes de conocerlo, para tenerlo mío hasta siempre, purificado y redimido en las llamas del amor más grande y desdichado que existió jamás en este infierno. *(Se desgañita)* ¡Cojones!

(A los músicos invisibles):

¡Déjenme hablaaaaaar!

Es lo último que se logra oír. El mambo aumenta hasta un volumen imposible, ahoga la voz, la barra del mundo, y Graciela sigue articulando frases inaudibles contra los músicos, gesticulando amenazas inaudibles contra los invitados sin rostros en la penumbra, insubordinada contra la vida, contra todo, mientras el marido imperturbable acaba de convertirse en cenizas.

TELON

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR